

## DESEQUILIBRIO, PODER GLOBAL Y CRISIS HUMANITARIA

Salvador VÁZQUEZ VALLEJO\*

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *El poder global y la política mundial*. III. *El realismo y la política exterior norteamericana en el Medio Oriente (un caso límite de crisis humanitaria global)*. IV. *Conclusiones*. V. *Bibliografía*.

### I. INTRODUCCIÓN

El sistema moderno de Estado-nación que surgió de la Paz de Westfalia sentó las bases para el entendimiento entre las potencias europeas, constituyendo así una paz fundada en el “equilibrio del poder”. Posteriormente, el Congreso de Viena establecería los fundamentos para una diplomacia que garantizaría un periodo aproximado de cien años de paz precaria en Europa, interrumpida por la primera gran guerra, que cuestionaría los equilibrios geopolíticos prevalecientes.

La Sociedad de las Naciones intentó un modelo de paz mundial sustentado en los principios del derecho internacional y la diplomacia abierta, que muy pronto mostró sus limitaciones, que la hicieron fracasar. No logró el consenso pleno de las potencias europeas ni de sus creadores; la diplomacia resultó ineficiente para detener el encumbramiento de los regímenes totalitarios y los preparativos bélicos que llevarían al mundo a una de sus más oscuras etapas de la historia del género humano.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial se estructuraron las instituciones internacionales a partir del sistema de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que fue producto de una mezcla de realismo político e idealismo wilsoniano. El sistema de seguridad colectiva en realidad descansó en un esquema de policías inicialmente ideado por F. D. Roosevelt, que man-

\* Doctor en ciencias sociales con especialidad en relaciones internacionales por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco; profesor de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Puebla; investigador nacional.

tuvo la unidad entre los aliados para el aseguramiento de la paz mundial. Eventos posteriores, entre estos la muerte de Roosevelt y el distanciamiento de los aliados propiciado por Truman, echarían por tierra el proyecto, y a cambio se daría paso a un sistema de veto y equilibrio bipolar, delimitando una nueva geografía política representativa de la partición ideológica y sistémico-social.

Cada etapa histórica del desarrollo del sistema mundial y sus conflictos se acompañó de repercusiones graves para el género humano; las guerras coloniales o de conquista, las conflagraciones denominadas como mundiales y otros conflictos de menores dimensiones propiciaron crisis humanitarias, que obligaron a políticos, diplomáticos, juristas y estudiosos de la sociedad internacional a buscar mecanismos y normas que permitieran paliar sus devastadores efectos.

En el siglo XXI, correspondiente a la era de la denominada globalización, el mundo no parece más seguro que en 1953 o 1962; todo lo contrario, el mundo hoy es más inseguro, pero no en los términos de la guerra convencional o la posible utilización de armas de destrucción masiva por grupos fundamentalistas, sino por la configuración que se le ha dado al poder global; es decir, estamos ante un fenómeno nunca antes experimentado por el moderno sistema de Estados, la enorme concentración del poder militar en una sola potencia (los Estados Unidos), que por sus capacidades y alcances tecnológicos transforma en asimétricas todo tipo de relaciones posibles en el sistema internacional.

El presente trabajo explora algunas tesis propuestas por diversas corrientes del pensamiento internacional en torno a la caracterización y descripción de los elementos del poder global. Nos remitiremos de manera especial a los caólogos y a los análisis de la hegemonía y la dominación imperial. Sostenemos la tesis de que el poder hegemónico norteamericano fortaleció una visión realista de tercera generación acerca del nuevo orden mundial, implementando una política imperial militarista agresiva, generando una grave crisis humanitaria en las zonas de conflicto global, como Afganistán y el Medio Oriente, de proporciones nunca vistas, debido al amplio margen de impunidad que goza el actor fundamental de los nuevos equilibrios geopolíticos. La construcción de una alternativa para la viabilidad de un nuevo orden mundial requiere de una visión humanista, capaz de estructurar una política global humanitaria.

El orden de la exposición parte de los fundamentos teóricos explicativos sobre la naturaleza del poder global, seguido de un breve recuento de los eventos y condiciones históricas que generaron los equilibrios geopolíticos del Medio Oriente, que como un caso límite muestra los efectos de la crisis

humanitaria producto de la política imperial norteamericana, y finalizamos con algunas consideraciones, que tienen por objeto profundizar el debate contemporáneo sobre el humanismo global.

## II. EL PODER GLOBAL Y LA POLÍTICA MUNDIAL

La desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) de manera tan inesperada como rápida planteó a los internaciona- listas, múltiples incógnitas derivadas de la incertidumbre cognoscitiva sobre el orden mundial por venir, propiciada por la insuficiencia de las teorías, categorías, instrumentos analíticos y conceptos capaces de dar cuenta de los nuevos acontecimientos internacionales de manera objetiva y rigurosa. Surgieron así interpretaciones disparatadas, como la de Fukuyama,<sup>1</sup> que partiendo de un reduccionismo optimista suponía un mundo guiado hacia su felicidad por la democracia liberal, la guerra y la *realpolitik*. Eran cosas del pasado, cuando muchas expresiones marginales de una geografía por democratizar y globalizar.

Con mayor seriedad científica y política, Robert Reich evalúa la situación económica de los Estados Unidos en la primera fase de la era Clinton. El escenario que nos plantea se delinea entre la disyuntiva de reconstruir la economía norteamericana que había perdido competitividad y potencialidad de crecimiento ante un Japón amenazante, o bien la reconstrucción aderezada con una búsqueda de identidad que cohesionara a la nación americana ante los otros, tan necesaria para la reafirmación unificada una vez desaparecida la amenaza soviética.<sup>2</sup> Su preocupación por recuperar el predominio norteamericano en la economía mundial globalizada lleva a Reich a desechar las ataduras de la fuerza militar y el poder tradicional centrado en la fuerza como determinantes para el nuevo mundo globalizado; consideraba que la era por venir le daba un nuevo sentido a la economía y a la política internacional.

A mediados de la década de los noventa el debate en torno a la naturaleza del nuevo orden mundial fue tomando otros matices, al mismo tiempo que se exploraban y ensayaban nuevos instrumentos teórico-metodológicos para entender una realidad cada vez más compleja. Los acontecimientos internacionales aún no alcanzaban a prefigurar una posible interpretación integral. La guerra del golfo, la desintegración yugoslava y los conflictos tribales en Ruanda son ejemplos del desorden, las rupturas y la crisis huma-

<sup>1</sup> Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, México, Joaquín Mortiz, 1992.

<sup>2</sup> Reich, Robert, *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1993, pp. 291-314.

nitaria que debían resolverse con base en la política internacional en la era de la globalización.

Como un parteaguas en la historia mundial del naciente siglo XXI, así como en la producción teórica, el ataque a las torres gemelas constituye un acontecimiento que redefinirá los fundamentos del sistema internacional, las instituciones internacionales y de la política mundial. Así lo valoramos, dado que este hecho modifica la denominada agenda internacional, estableciendo la seguridad global y la lucha antiterrorista como los asuntos prioritarios sobre los que se debe diseñar la política mundial contemporánea, y simultáneamente define al militarismo norteamericano como el componente básico del nuevo poder global.

El debate sobre el nuevo orden mundial se fue angostando gracias a la figura del terrorismo como el nuevo rival a vencer. La polémica radicó en la definición de los alcances y compromisos de la lucha antiterrorista, pues las potencias son las que habitualmente enfrentan reivindicaciones étnicas, territoriales, nacionales, incluso religiosas; España es quizá el único país que enfrenta algunos de estos problemas sin ser una potencia en el actual escenario internacional.

Zaki Laidi, autor francés de origen hindú, partidario de las corrientes posmodernas, inició una serie de trabajos tendientes a “repensar el mundo después de la guerra fría”, una labor indiscutiblemente fructífera al margen de los resultados teórico-explicativos. Sus investigaciones lo llevan a plantear una sugerente teoría, que parte de lo que él llama una “elucidación conceptual” en torno a la globalización y al excesivo abuso del término para explicar todo y al mismo tiempo nada, y nos dice:

Definiremos la globalización como un movimiento planetario en que las sociedades renegocian su relación en el espacio y el tiempo por medio de concatenaciones que ponen en acción una proximidad planetaria bajo su forma territorial (el fin de la geografía), simbólica (la pertenencia a un mismo mundo) y temporal (la simultaneidad). Este momento común a todas las sociedades humanas es radicalmente ambivalente; por una parte porque no implica un acuerdo sobre la misma visión del mundo; por otra, porque todos los procesos que lo alimentan son por definición ambivalentes.<sup>3</sup>

Si la globalización es entonces un proceso complejo y ambivalente y no un resultado “del progreso histórico de la humanidad” que se yergue como vencedor de la “maldad” que nos amenazaba, es insuficiente como categoría para ofrecer una explicación consistente sobre el nuevo poder global; en-

<sup>3</sup> Laidi Zaki, *Un mundo sin sentido*, 1a. edición en español, México, FCE, 1997, p. 12.

tonces, ¿hacia dónde se dirigen las sociedades mundializadas? La respuesta de Laidi es la de llegar a constituir un sistema social mundial construido por una suma de flujos que se generan entre tres actores internacionales fundamentales: los actores estatales, los actores económicos (los más poderosos de la globalización), las sociedades humanas y asociaciones. Sin embargo, las relaciones que se gestan en el sistema social mundial distan mucho de ser armoniosas.<sup>4</sup>

Si bien es cierto nos ubica a los “actores más poderosos” de la globalización, esto aún es insuficiente para comprender la naturaleza del poder global. El resto de su construcción teórica se orienta a explicar la pérdida del sentido en el sistema internacional y su divorcio del poder, que si bien no desentraña totalmente el curso que tomaría el poder global, sí estipula las premisas de la crisis mundial, que permitirán entender la dominación global norteamericana.

La teoría de Laidi cuestiona la existencia de una teleología y la linealidad en el desarrollo del sistema internacional de la posguerra al recurrir a la caducidad de tales elementos que acompañaron a las relaciones internacionales de la era moderna, es porque se ha dado una pérdida del sentido, es decir, el fundamento, la unidad y la finalidad se encuentran dislocados. Esto se debe a que el mundo de la posguerra fría carece de un principio básico en el que se apoye un “proyecto colectivo” de imágenes dentro de un sistema general coherente, y de una finalidad o proyección, el mercado no puede otorgar el sentido perdido. La crisis del sentido es universal.<sup>5</sup>

El agotamiento del pensamiento moderno que presupone Laidi lo conduce a formular su tesis acerca del poder, y dice:

...En otras palabras, vivimos un divorcio real entre un ritmo del poder que se intensifica y un sentido que, siendo divisible en vez de global acaba por disgregarse, por pulverizarse. El camino para llegar al sentido global se sustrae, a medida que se endurecen y refuerzan las condiciones de entrada y de permanencia en los senderos del poder.<sup>6</sup>

En otras palabras, si ya no hay centralidad ya no hay finalidad; se carece de proyecto para el mundo; no hay utopías que puedan orientar la construcción teleológica del género humano y de una representación simbólica que nos diga quiénes somos; por lo tanto, las naciones se fugan y practican la política de la evitación como una forma de “proyectarse” sin

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 25-27.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 29.

“proyecto”.<sup>7</sup> Ahora bien, si el sistema social mundial desarrolla relaciones no necesariamente armoniosas, la desarmonía no quiere decir que hayamos establecido con claridad quiénes son nuestros enemigos; por el contrario, nuestros conflictos se mueven en las arenas movedizas de la falta de contrincante, y las naciones evitan los compromisos debido a una carencia de identidad.

Ese es el punto neurálgico de la teoría del divorcio entre sentido y poder, pues Laidi sostiene que en esta era ninguna nación toma el timón de los asuntos internacionales, y que las potencias sobrevivientes a la guerra fría son incapaces de crear una nueva trascendencia ideológica. Tal tesis no pasa a nuestro juicio la prueba de los hechos, al menos en su primera parte, pues Estados Unidos asumió la conducción de lo que en su momento se denominó “la arquitectura del nuevo orden internacional”.

En el pensamiento norteamericano el debate tiene un contexto distinto al europeo. La disyuntiva no es modernidad o posmodernidad, sino unilateralismo o multilateralismo en la conducción del liderazgo hegemónico global. Está por demás señalar a la corriente que ha predominado en el diseño de la política exterior norteamericana en los últimos ocho años; sin embargo, en estos momentos de crisis mundial vuelve a tomar aire un multilateralismo menos agresivo.

Para la generalidad del pensamiento internacional norteamericano es claro que la premisa fundamental de sus estudios parte del supuesto real y objetivo de que los Estados Unidos son la potencia vencedora de la guerra fría; en consecuencia, la más importante del mundo y poderosa en términos militares y económicos hasta antes de la crisis de 2008. Es en torno a esa posición dominante sobre la que versan los nuevos estudios que pretenden explicar el poder norteamericano como el poder global.

Para Zbigniew Brzezinski, el mundo vive situaciones inéditas, que colocan a los norteamericanos en el pináculo de la seguridad y los asuntos mundiales; ha reafirmado su portentosa soberanía nacional y es el garante de la estabilidad global,<sup>8</sup> y como partidario del denominado multilateralismo norteamericano plantea que la disyuntiva actual es: o Estados Unidos promueve la formación de una comunidad global de intereses compartidos, o se enfrentará una situación de caos y constante asedio por parte de sus múltiples enemigos, lo cual terminaría por debilitar su función de estabilizador global. En suma, los Estados Unidos son la primera y la única superpo-

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 88-100.

<sup>8</sup> Brzezinski, *El dilema de EE. UU., ¿dominación global o liderazgo global?*, Barcelona, Paidós, 2005, p. 11.

tencia global insustituible ante la incapacidad de Europa, el Japón o Rusia para superar su liderazgo.

La preocupación básica de Brzezinski es la de diseñar una política exterior norteamericana que corresponda a una interdependencia global, y para ello debe estipular la naturaleza y las funciones del poder norteamericano como poder global. En otros términos, cómo utilizar la hegemonía y hacia dónde dirigirla.

Por lo tanto, el diseño de política exterior norteamericana de Brzezinski parte del concepto de seguridad nacional para los Estados Unidos en un mundo con múltiples fuentes de conflicto externo que lo amenazan y lo ponen en peligro. Esto es fundamental, porque de la estabilidad de la superpotencia depende la estabilidad del mundo, por lo que deben definirse los asuntos que deben negociar y abordar multilateralmente aquellos que deban hacerse de manera unilateral.<sup>9</sup>

Su tesis central se puede resumir en los términos siguientes: los Estados Unidos enfrentan un mundo que sin su presencia militar y sin su hegemonía viviría en una situación de anarquía y caos global; por lo consecuente, todos los potenciales desestabilizadores y agentes del caos amenazan su seguridad a través de diversas formas, muchas de ellas inusuales en otras épocas, por lo que requieren de una mayor seguridad que otras naciones, incluyendo a sus antiguos aliados. Esa seguridad mayor que requiere le permite actuar casi de manera ilimitada para perseguir y combatir las amenazas externas e internas.<sup>10</sup> Utilizando argumentos basados en suposiciones a veces un tanto improbables, nos dice:

... aunque el papel de Estados Unidos como garante de la seguridad de sus aliados y, de manera más general como sostén de la estabilidad global justifica que trate de buscar más seguridad para sí mismo de la alcanzable en la práctica para otros Estados. La defensa del territorio de los aliados estadounidenses allende del océano *ya no proporciona un escudo a distancia para la propia Norteamérica* (las cursivas son nuestras)... El mantenimiento de una capacidad militar estadounidense integral y sin parangón a nivel mundial e histórico, y la mejora de la capacidad de supervivencia interna, deben quedar fortalecidos a partir de esfuerzos sistemáticos que vayan dirigidos a ampliar las zonas de estabilidad global, eliminar a algunas de las causas más flagrantes de violencia política y favorecer sistemas políticos que pongan acento central en los derechos humanos y procedimientos constitucionales.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 30-37.

<sup>10</sup> Véase de manera especial el 1, pp. 25-60.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 45 y 46.

Los párrafos transcritos son muy elocuentes; las zonas de estabilidad global se establecen como saldos de la guerra fría o como en la mayoría de los casos de manera unilateral, contribuyendo así a la norteamericanización del mundo como una manera ineludible de hacerlo “más seguro”.

Es así como Brzezinski postula su teoría natural de la hegemonía global, que parte del supuesto de que la globalización es la nueva ideología de la elite norteamericana, lo que sirvió para definir el papel de los Estados Unidos en una nueva era, una concentración del poder político y económico legitimada por dominantes y dominados, superioridad militar, primera economía en competitividad, un subyugante hedonismo consumista y una cultura simple, rudimentaria, pero atractiva para las masas. Todo esto hace de la globalización una doctrina e ideología con base nacional. Es la abrumadora superioridad norteamericana, y su etiqueta “made in usa” la que hace de la globalización una doctrina poderosa y controvertida, blanco de ataques y esfuerzos de contrasimbolización por parte de adversarios disímolos y difusos.<sup>12</sup>

El dilema que plantea Brzezinski es parcialmente falso, ya que en realidad lo que plantea de fondo es una búsqueda diplomática del consenso internacional para aceptar el “dominio” norteamericano como un liderazgo hegemónico y sin cortapisas; obviamente, la dificultad operativa radica en la cartera de asuntos en donde el hegemón estaría dispuesto a compartir objetivos y metas con otras naciones de la “comunidad”, y qué asuntos corresponderían al unilateralismo “nacional de la globalización”. La lucha por la legitimidad del liderazgo dependerá de las condiciones que a la vieja usanza realista determinen las capacidades como poder. La finalizada administración Bush, con sus secuelas económicas y políticas, desmiente las suposiciones del exconsejero de seguridad nacional de Carter, en torno a la globalización y el éxito norteamericanizador. La primera crisis global lo pone en duda seriamente.

Las formulaciones teóricas de política internacional en torno al poder global como relación sentido y poder, o el poder como hegemonía global, han sido confrontadas en el debate contemporáneo por los modelos teóricos inspirados en la teoría del imperialismo y la globalización, de las cuales nos referiremos a dos vertientes para su reflexión: la política norteamericana como el imperio del caos, y el imperio como la posmodernidad del imperialismo occidental.

Las teorías del imperialismo ahora reformuladas como teorías del imperio comparten una matriz común, que recoge la tradición de la lucha

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 164-175.

anticolonial de la segunda mitad del siglo XX, de los esfuerzos de los países del tercer mundo por construir el nuevo orden económico internacional (NOEI), los proyectos e iniciativas por el desarrollo económico y social, las revoluciones sociales y sus reivindicaciones nacionales, el ideal de la emancipación y la transformación del sistema internacional. Esa matriz es una curiosa síntesis de marxismo, nacionalismo y universalismo, que construyó sus propios instrumentos analíticos, reconceptualizó, recategorizó y construyó imágenes del mundo, demostrando lo polivalente de la política internacional.

Las teorías del imperio aparecen hoy renovadas, después de un *impasse*; una etapa de aturdimiento ante la velocidad de los cambios geoeconómicos y geopolíticos proponen llenar un vacío teórico y político ante un sistema internacional que aún yace en el desorden y la crisis.

El autor francés Alain Joxe propone una teoría a la que denomina “imperio del caos”, considerando dos referencias torales: la globalización económica y la política exterior norteamericana fundamentada en la agresión y en la guerra permanente contra el difuso enemigo externo. Con base en tales elementos, realiza una evaluación de catorce años de política exterior norteamericana en la historia mundial, y de doscientos años de desarrollo del pensamiento político.

La teoría del imperio del caos parte de delimitar el nuevo concepto de guerra. Esta ya no posee las mismas características del siglo XX, ya que la nueva guerra es intemporal; no tiene límites temporales, porque son de carácter continuo. Por otro lado, la nueva guerra deja de ser una violencia interestatal para convertirse en expediciones punitivas norteamericanas, tiene un carácter policiaco, atentatorio contra el derecho internacional y el sistema de Naciones Unidas. El prototipo de estas guerras nuevas es la guerra de Irak, en donde la expedición punitiva norteamericana no concluye con la ocupación; los objetivos iniciales de la expedición se tornan confusos, para dar paso a una situación de caos y desorden, que parece no tener fin.<sup>13</sup> El autor plantea que

Este tipo de guerras interminables y sin un objetivo claro practican de manera permanente, como todas las guerras, amenazas de escalada, pero no ya pasando de la guerra de clase local o de la guerrilla a la guerra clásica de Estados y a la guerra nuclear entre imperios... La escalada “moderna” trepa sobre una escala que va desde la especulación inmobiliaria a la operación de policía en las esquinas, el asesinato selectivo, la represión paramilitar más insensata, la guerra terrorista con medios detallistas o masivos de destrucción

<sup>13</sup> Alain, Joxe, *El imperio del caos*, 1a. ed. en español, Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 9-25.

total; fundada en la supremacía aérea, la observación satelital precisa y el tiro en tiempo real, vale decir, articulado sin demora en el tiempo de la observación gracias a la revolución electrónica... Aunque basados en capacidades modernas estos ataques suscitan réplicas antiguas como el atentado suicida de venganza y el terrorismo artesanal. Se parecen más a las guerras de la Edad Media o de la Antigüedad por sus asimetrías, sus oropeles religiosos,... y sus tipos de actores.<sup>14</sup>

La guerra, como desregulación de la violencia que se desata contra todo lo que desde el siglo XVIII se consideró como progreso, destruye las identidades políticas y culturales por un reagrupamiento de oligarquías belicosas.

Las guerras punitivas norteamericanas, con sus ambigüedades y destrucción, crean ese imperio del caos, por su misma vaguedad de objetivos y la imposibilidad de controlar absolutamente todos los espacios de las actividades humanas, a pesar de su enorme poder militar, institucionalizan el desorden, por lo que el Joxe propone reconstruir el análisis político en torno a la política internacional sin considerar al Estado como el actor principal del sistema, salvo en la actividad diplomática —que por cierto su margen de maniobra se reduce cada vez más—. Esta es una tarea fundamental, ya que las elites globalizantes han debilitado las concepciones políticas, justamente por su naturaleza caótica extraterritorial.<sup>15</sup>

Esa reconstrucción del análisis político de la política internacional paralelamente debe acompañarse por una evaluación objetiva del poder norteamericano y su “función protectora” de las naciones sometidas. Joxe considera que los Estados Unidos no tienen la intención de hacerse cargo de tal protección y asumir la responsabilidad por sus aliados. Los Estados Unidos solamente llevan la conducción del imperio regulando el desorden<sup>16</sup> a través de normas financieras y expediciones punitivas.

¿Cómo oponerse al imperio del caos? Con base en una reinterpretación y reconstrucción del pensamiento político de la modernidad, Joxe considera que es viable hallar las bases políticas para la oposición al imperio del caos por las repúblicas; es decir, la legítima resistencia debe gestarse con base en la república social y —con cierto eurocentrismo—; afirma que Europa tiene la capacidad para crear un programa útil y convertirlo en una estrategia de porvenir y no de regresión a las patrias imperiales.<sup>17</sup>

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 20 y 21.

El imperio del caos desarrolla toda una serie de inconvenientes políticos para las naciones, vulnerando su viabilidad y vigencia histórica. Estos inconvenientes se pueden sintetizar en:

- a) una carrera armamentista orientada a enfrentar las explosiones sociales futuras;
- b) un militarismo imperial que mediante la amenaza letal le da forma al mundo;
- c) una paz global sustentada en pequeñas guerras y la matanza de los débiles;
- d) el desarrollo de dos escuelas imperiales: la gestión del libre mercado y la gestión del choque civilizatorio;
- e) un racismo cultural imperial;
- f) crisis y fracaso del sistema de Naciones Unidas;
- g) ausencia de derecho del más débil.<sup>18</sup>

Por su parte, Antonio Negri y Michael Hardt<sup>19</sup> construyen la teoría del imperio, generando un intenso debate en torno a sus propuestas relativas al nuevo orden mundial.

Esta teoría parte de la aceptación del corte histórico modernidad-posmodernidad; por lo tanto, el viejo imperialismo centrado en la soberanía nacional de los Estados ha concluido, pues lo que realmente construyó fue una extensión de la soberanía de los Estados nacionales europeos más allá de sus fronteras nacionales. Su ocaso se deriva de su incapacidad para intercambiar los intercambios económicos y culturales. Los eventos de la economía mundial y de la política internacional así lo demuestran. La nueva era se caracteriza por la declinación de la soberanía nacional de los Estados, ya que el imperio no requiere de un centro de poder y de barreras o fronteras fijas. Constituye un aparato descentrador y desterritorializador.<sup>20</sup> La negación de un centro de poder la justifican en los siguientes términos:

No obstante, nuestra hipótesis básica de que ha surgido una nueva forma imperial contradice estos dos enfoques. Estados Unidos no constituye —y en realidad, ningún Estado-nación puede hoy constituir— el centro de un proyecto imperialista. El imperialismo ha terminado. Ninguna nación será un líder mundial como lo fueron las naciones europeas modernas... Por cierto, los Estados Unidos ocupan una posición privilegiada en el imperio, pero este

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 239-248.

<sup>19</sup> Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

<sup>20</sup> *Ibidem*, pp. 14 y 19-34.

privilegio no procede de sus similitudes con las antiguas potencias imperialistas europeas, sino de sus diferencias.<sup>21</sup>

Según Hardt y Negri, la noción de imperio ya había sido esbozada por los padres fundadores de la nación americana en su Constitución, y fue madurando a lo largo de los siglos XIX y XX. Ahora solo ha emergido en el espacio de fronteras abiertas por la globalización. Visto así el asunto, los Estados Unidos no tendrían la posibilidad objetiva de manejar hegemoníicamente los poderes imperiales de la opresión y la destrucción. Tal hipótesis ha sido muy cuestionada, como la de su afirmación tajante: “la modernidad fue europea y la posmodernidad será norteamericana”.

La siguiente cuestión de la teoría del imperio es la de dilucidar la naturaleza del poder imperial capaz de establecer un orden mundial o algo que se le parezca. Para ello señalan tres elementos característicos del orden imperial: la primera indica que el dominio del imperio no tiene fronteras, abarca al mundo entero; la segunda señala que su dominio va más allá de los límites temporales, y la tercera afirma que el dominio imperial se extiende hacia todos los registros sociales y penetra en lo más profundo del mundo social.

Para implementar el ejercicio del poder y la dominación imperial, los autores nos sugieren un modelo de autoridad imperial. Este modelo le otorga el estatus de nuevo paradigma, consistente en una producción centralizada de normas y una extendida producción de legitimidad que se difunden a lo largo y ancho del mundo; una especie de ejercicio de la autoridad sin gobierno, debido a que arrastra a todos los actores a un orden sistémico. Los conflictos tienden a resolverse por el derecho imperial, que impone los procedimientos, los principios y los acuerdos que conducen a un equilibrio sistémico; es decir, el orden está preconstituido, y es relativamente autónomo de cualquier Estado-nación soberano. El centro que hace posible la respuesta sistémica es un tanto difuso, y hace fluir constantemente una regulación efectiva y en un determinado caso la coerción imperial.<sup>22</sup>

El modelo de autoridad imperial quedaría trunco si no se determinara su naturaleza de excepcionalidad; es decir, para poder controlar y dominar las situaciones que fluyen constantemente, la autoridad interviniente define la intervención a realizar, y tiene la capacidad de poner en marcha el mecanismo de la fuerza para resolver las crisis y/o conflictos, y así restaurar el equilibrio sistémico. A este derecho lo identifican con el término de “de-

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 30.

recho de policía”. El modelo de autoridad imperial es entonces un modelo policiaco, de terror y opresión en aras del “sistema postmoderno” (¿?).

Pero el modelo de autoridad también requiere de una específica forma de poder, para poder ser viable. Hardt y Negri nos ofrecen una explicación salpicada de visión foucaultniana, al afirmar que el imperio desarrolla la vertiente del biopoder, que es necesario para la existencia de una sociedad de control postmoderna, ya que no se requiere disciplinar al hombre en los términos de la modernidad, sino controlar todos los aspectos de su vida. Al respecto nos dicen:

El biopoder es una forma de poder que regula la vida social desde su interior, siguiéndola, interpretándola, absorbiéndola y rearticulándola. El poder solo puede alcanzar un dominio efectivo sobre toda la vida de la población cuando llegue a constituir una función vital, integral que cada individuo apoya y reactiva voluntariamente... La función más elevada de este poder es cercar la vida por los cuatro costados y su tarea primaria es administrar la vida... El biopoder se refiere pues a una situación en la que lo que está directamente en juego es la producción y la reproducción de la vida misma.<sup>23</sup>

Esta forma de ejercicio de poder imperial da paso a la biopolítica, un dominio absoluto sobre nuestras vidas para ajustarlas a los requerimientos sistémicos del orden prefigurado con base en “valores universales”.

A este orden sistémico postmoderno le corresponde una cierta “sociedad civil” global constituida no solamente por las elites globalizantes, sino por un conglomerado de seres humanos al que denominan como “multitud”, que es el sujeto social global capaz de crear las resistencias necesarias para el cambio sistémico global. La “multitud” se redescubre como el sujeto de cambio en el mundo, con una nueva identidad antiimperial distinta a las configuraciones clasistas propias del marxismo de la modernidad.

El conjunto de teorías que hemos revisado brevemente son generalizaciones que pretenden determinar las condiciones y el rumbo del poder mundial y del nuevo orden internacional; las teorías críticas (imperio del caos e imperio) plantean una vertiente más humanista para abordar la política mundial, y la globalización, pues son las únicas que sustentan una propuesta de cambio mundial, solo que de manera ambigua.

Nosotros retomamos los elementos vertidos para plantear que la política mundial o global entendida como la hegemonía imperial de los Estados Unidos y fundamentada en las expediciones o guerras punitivas, sea por intervención directa o en apoyo a sus aliados incondicionales, así como de su credo económico global, impuesto a través de las instituciones multilate-

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 38.

rales, ha aumentado la inseguridad global generando una crisis humanitaria global. Entendemos por crisis humanitaria global, por una parte, el incremento de la inseguridad del género humano, derivado del desmesurado armamentismo con un poder destructivo convencional nunca antes visto, el terrorismo de Estado y el terrorismo de los grupos fundamentalistas, la delimitación geopolítica de zonas de “seguridad global”, que afectan a naciones (como en el caso de Palestina) y la impunidad global de que están revestidas las grandes potencias y algunos de sus aliados; por la otra, como las condiciones de pobreza, desigualdad económica producto de la exclusión globalizadora de los sectores tradicionales, el alto crecimiento de la natalidad, aunado a las condiciones paupérrimas de desarrollo social y, finalmente, el deterioro de los ecosistemas, así como la producción de energéticos alternativos, que han impactado la producción de alimentos y sus precios relativos en el mercado mundial.

La crisis humanitaria<sup>24</sup> no es nueva; los imperios coloniales europeos llevaron a cabo prácticas de esclavismo, extinción y explotación de grandes grupos humanos, como los negros e indígenas de América Latina. En el siglo XXI, en pleno auge de la Tercera Revolución Tecnológica, la crisis cobra dimensiones inimaginables en otras épocas. Ya desde finales del siglo XX se plantearon perspectivas humanitarias en la política mundial; por ejemplo: valores primarios, como la justicia social y económica; respeto a la naturaleza humana; imposición normativa a la política mundial para un cambio sistémico o un fuerte componente ético para un gobierno mundial.<sup>25</sup>

La visión del humanitarismo global estaba llena de un optimismo idealista, que contradecía los hechos que generaban las interacciones de un mundo global. A pesar de plausibilidad, no tuvieron eco en los gobiernos nacionales que entronizaban al nuevo hegemon. Hoy, en tiempos de caos y desorden, que muestran las fallas del orden mundial policiaco, el fracaso del globalismo que vive una crisis profunda, se abre una oportunidad nuevamente para replantear la viabilidad del género humano en un mundo violento. La oposición a la violencia estructural del sistema tendrá múltiples componentes (político, económico, social, cultural y ético-moral) para las relaciones internacionales,<sup>26</sup> que deberán ser considerados en la naturaleza de un sistema internacional menos asimétrico que relegue el viejo principio del realismo norteamericano y fomente una interdependencia cooperativa hacia el desarrollo humanista y equitativo.

<sup>24</sup> Gurtov, Mel, *Política humanista global*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1990, pp. 13-25.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 58-95.

<sup>26</sup> Cuadra, Héctor, *Reflexiones sobre ética y política internacional*, México, Universidad Iberoamericana, 2008, pp. 31-52.

III. EL REALISMO Y LA POLÍTICA EXTERIOR  
NORTEAMERICANA EN EL MEDIO ORIENTE  
(UN CASO LÍMITE DE LA CRISIS HUMANITARIA GLOBAL)

La conformación del orden bipolar y la guerra fría dejó claro el equilibrio del sistema internacional. La Unión Soviética y los Estados Unidos, como potencias preeminentes, implícitamente fijaron los principios en los que se debía estructurar la competencia geopolítica; el conflicto estratégico se estancó en Europa en la década de los años cincuenta, y en la medida en que se volvía improbable la confrontación nuclear, el tercer mundo cobró relevancia como el escenario propicio para que midieran fuerzas, establecieran zonas de influencia, ensayaran nuevas doctrinas militares y delimitaran el alineamiento y realineamiento de las naciones emergentes del proceso de descolonización y las exigencias de un derecho para el desarrollo.

Para la política exterior norteamericana, cada región del tercer mundo poseía un valor geoestratégico (América Latina, África, Asia Central). Si exceptuamos el caso cubano y la crisis de los misiles de los años sesenta, detonada por “razones de seguridad nacional”, ninguna de estas regiones tenía un valor geoestratégico y geoeconómico tan alto como el Medio Oriente. Su valor se definió por varios criterios estratégicos; entre ellos podemos identificar la posesión de la principal fuente de energéticos a nivel mundial, necesarios para el funcionamiento de las sociedades industrializadas, y su posición geográfica para limitar la expansión soviética. Estos criterios aplicados en plena guerra fría hacían de esta región una fuente segura de inestabilidad mundial.

La potencialidad desestabilizadora del Medio Oriente radica al menos en tres factores: cultural, religioso y económico. Su extensión geográfica ha sido cuna de culturas antiguas, pero también la referencia de las tres religiones monoteístas con importante presencia mundial, el islamismo, el judaísmo y el cristianismo, como resultado de la pugna por la verdad eterna. Los choques entre estas tres grandes religiones han determinado a lo largo de la historia, guerras de diferente propósito e intensidad. En el siglo XX estos conflictos sirvieron para encubrir la política de gran potencia y las verdaderas intenciones de las grandes compañías petroleras transnacionales.

El Medio Oriente mostró su capacidad conflictiva vital, al ser receptivo de la presencia soviética a través de Egipto, que al abanderar el ideal de Nasser toca un punto neurálgico de Occidente y desata la primera gran crisis de la segunda mitad del siglo XX, conocida como “la crisis de Suez”, que se aderezaba con los saldos de la imposición armada del Estado judío de 1948.

La presencia soviética en la región se vinculó a las manifestaciones de nacionalismo árabe y su repudio a la presencia francesa y británica; la URSS suministró armamento a los nacientes ejércitos nacionales árabes, que sentían como humillación imperial al Estado de Israel. Pero eso no era todo, ya que por otro lado se volvía insostenible la presencia británica sin el compromiso norteamericano de hacerse cargo de los saldos imperiales europeos. En consecuencia, y en vista del desarrollo de los acontecimientos, los norteamericanos optaron por aplicar en el Medio Oriente la teoría de la contención extendiendo el llamado cordón sanitario.

La crisis se manifiesta tempranamente. El fracaso del Pacto de Bagdad, como mecanismo de contención, en función de la incapacidad de las potencias occidentales para frenar el nasserismo militante y su alineación al bloque soviético. La incompreensión del cambio egipcio y su liderazgo en el mundo árabe se hizo patente en la disparatada estrategia franco-británica-judía, que puso en jaque a la diplomacia norteamericana.<sup>27</sup>

La decisión de una acción armada unilateral franco-británica-judía para mantener la libre navegación del canal de Suez y revertir el proceso de nacionalización nasseriano se topó con la negativa norteamericana a embarcarse en tal aventura invocando la razón de posición diferenciada en torno a regiones y problemas diferenciados; es decir, respecto de Suez y el problema colonial, los Estados Unidos asumían su no compromiso con los propósitos de los antiguos imperios europeos. Los norteamericanos sellaron así el inicio de la decadencia de la Gran Bretaña y Francia como potencias en el Medio Oriente. Nunca más volverían a ocupar el nicho imperial. Los ingleses perdieron prestigio e influencia sobre los jordanos e irakíes, y mostraron su debilidad, al igual que Francia, al requerir de la ayuda israelí para mantener su presencia.

En suma, la contención en la región no desalentó la presencia soviética; en cambio, la diplomacia norteamericana modificó sustancialmente la presencia occidental menoscabando a los británicos y franceses; es decir, estableció un nuevo equilibrio en la región, que le permitió, en palabras de Kissinger, “una oportunidad de aplicar su verdadera vocación, que era acaudillar al mundo en desarrollo”, que jamás podría hacerse realidad.<sup>28</sup>

La década de los sesenta resultó demasiado larga y complicada para los norteamericanos. La inestabilidad política de la región y las sucesivas guerras derivadas del conflicto árabe-israelí preparaban para la década siguiente las condiciones para un nuevo equilibrio generado por el cambio

<sup>27</sup> Kissinger, Henry, *La diplomacia*, 1a. edición en español, México, FCE, 1995, pp. 510-538.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 522.

del régimen internacional del petróleo, para usar los términos de Robert Keohane.<sup>29</sup>

La relativa estabilidad hegemónica norteamericana no se quebrantó del todo. En realidad, los soviéticos nunca pudieron consolidar sus alianzas con el nacionalismo árabe, sobre todo después de la muerte de Nasser. Esto quedó demostrado con el cambio radical que asumió Sadat y la paz pactada por Egipto con los israelíes, modificando sustancialmente en tablero estratégico, poniendo en evidencia la solidaridad de los pueblos árabes y transformando la cuestión palestina en un asunto que podía ser negociado sin involucrar directamente los intereses vitales de las naciones árabes.

La crisis petrolera primariamente dejó entrever la pérdida de capacidad por parte de los Estados Unidos para controlar el régimen de precio y de producción petrolera, pues la propiedad de los recursos petroleros se desplazó desde la década de los sesenta, de manera paulatina, de manos de las empresas transnacionales hacia los gobiernos de los Estados propietarios de los recursos petroleros.

La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se convirtió en el actor primordial, tal como se evidenció en las negociaciones de Teherán de 1971, y en las decisiones adoptadas en relación con los precios y la oferta petrolera después de la guerra de Yom Kippur, de octubre de 1973. Una retórica ríspida y amenazas latentes acompañaron el periodo, en el que finalmente los Estados Unidos aceptaron límites al embargo árabe, así como las nuevas reglas adoptadas en 1977.

Pero la vitalidad y viabilidad de la OPEP como actor determinante en el Medio Oriente estaba condenada a perecer en el mediano plazo. Los norteamericanos reafirmaron su hegemonía en la región, a la cual jamás renunciaron, alentaron el militarismo israelí, dotándolo no solamente de armamento sofisticado, sino asintiendo la política de colonización judía y la lucha por el espacio vital del Estado de Israel, lo que se tradujo en la invasión y ocupación del sur de Líbano, no importando su destrucción económica y su fragmentación política y territorial.

El equilibrio hegemónico se fue restaurando en los años ochenta con ciertas modalidades y saldos de la década anterior. A la división del mundo árabe se sumó una influencia cada vez mayor de su visión islámica en detrimento del secularismo nacionalista, que había hecho posible el movimiento panárabe; así, las sectas islámicas (chiítas, sunitas, wabitas, etcétera) reivindicaron sus postulados religiosos, revistiéndolos de un carácter teleológico

<sup>29</sup> Keohane, Robert, *Instituciones internacionales y poder estatal*, Buenos Aires, GEL, 1993, p. 111.

inevitable para los pueblos que lo asumen en su cosmogonía ontológica; un destino fatalista que rememora las antiguas batallas con el cristianismo del siglo XI y deja de lado las necesidades humanas.

El islam, como civilización, complica el escenario del Medio Oriente, pues con el surgimiento de la República islámica de Irán se fractura aún más la resistencia a la hegemonía occidental. Británicos y norteamericanos rehacen el tablero diplomático-estratégico ante el vacío que deja una URSS cada vez más deteriorada por el abandono que le hacen sus antiguos aliados. Al rehacerlo fortalecen a otros actores regionales para tejer nuevos puntos de referencia geopolítica, y salta al escenario Irak, nación que será la encargada de detonar un nuevo conflicto, pero ya sin la premura por el control del petróleo que tanto aquejaba al mundo industrializado una década anterior.

El conflicto armado Irán-Irak será el ensayo fallido de las potencias occidentales para frenar el crecimiento de la influencia ideológica del islam en la región, fundamentalmente de sus expresiones más radicales, que cuestionan la presencia de los norteamericanos y su influencia decisiva en la conducción de los gobiernos locales y sus instituciones domésticas. El ensayo de esta guerra resultó ser fatal para el género humano, por el número de víctimas en la población civil de ambos bandos, por el uso de nuevas armas químicas, por la carrera armamentista desatada por los beligerantes, por la destrucción de la infraestructura básica y la economía de ambas naciones. El nivel de vida de sus pobladores bajó de manera sensible conjuntamente con sus indicadores de bienestar y desarrollo. Lo más lamentable fue la consolidación de las tendencias fundamentalistas.

En el largo plazo se propició el fortalecimiento militar regional de Irak, sus tendencias expansionistas expresadas a través de sus reivindicaciones territoriales sobre Kuwait y oportunistamente, su apoyo decidido a la causa del pueblo palestino, motivo de la solidaridad árabe en el pasado.

El desequilibrio gestado por la denominada primera Guerra del Golfo tuvo a escala global consecuencias inesperadas. La coincidencia de objetivos para salvaguardar la paz en la región de los dos antiguos antagonistas de la guerra fría. Una URSS impotente para identificar sus propios objetivos de política exterior para la región y los Estados Unidos, que asumían la debilidad de su anterior rival.

La política internacional por vez primera adquiría proporciones globales. El equilibrio en el Medio Oriente era una preocupación de estadistas provenientes del conflicto ideológico y estratégico, pero que ahora compartían una visión global de intereses, que resultaban prioritarios para un mundo envuelto en cambios vertiginosos e irreversibles: Gorbachov y Bush pa-

dre se ponían de acuerdo sobre las modalidades de la guerra y las imponían al Consejo de Seguridad de la ONU para cerciorarse de que ningún agente estatal nacional pusiera en peligro los equilibrios que requería la seguridad global. El resto es historia conocida. Las restricciones impuestas al régimen de Saddam Hussein eran el preámbulo para la ocupación y destrucción de Irak bajo un concepto reelaborado de seguridad global unilateral.

La cuestión árabe-israelí dio paso a nuevos episodios en el escenario internacional. El chiísmo sustituyó al nacionalismo árabe, y los fundamentalismos religiosos aderezaron la explosividad regional; los palestinos, que habían resistido los embates de los fundamentalistas, tuvieron que ceder electoralmente ante ellos, y la muerte de Arafat les privó de un liderazgo laico unificador que les permitiera enfrentar la agresión israelí. La doctrina del Estado judío respecto del espacio vital de Israel y su seguridad nacional engarzó perfectamente en la ruta de la seguridad global unilateral citada.

Los norteamericanos pusieron en crisis a las instituciones internacionales del sistema de la ONU al determinar que la región del Medio Oriente era el medio natural para librar la lucha civilizatoria que Huntington<sup>30</sup> había anticipado; por lo tanto, también debía de considerarse parte del espacio vital norteamericano, por lo que decidió una guerra unilateral anglosajona por el petróleo de Irak, vulnerando toda norma existente acerca de la solución pacífica de los conflictos entre los Estados. Quedó definido entonces el contenido y alcance de la seguridad global unilateral.

La administración de George W. Bush enderezó su política exterior hacia la recuperación de los principios del realismo basado en la lucha por el poder entre las naciones, la hegemonía global, la identificación de los enemigos del orden mundial en función de un eje del mal constituido por Estados canallas, a los que debía dirigirse la fuerza militar para su sometimiento al orden y a la seguridad global, ya que representaban una amenaza a la cultura occidental, a sus instituciones y a sus valores democráticos. Ocho años de realismo norteamericano serían suficientes para que el mundo quedara atrapado en una crisis humanitaria de costos desproporcionados.

Los atentados reales o inducidos del 11 de septiembre a las torres gemelas en Nueva York dieron la pauta para la acción militar punitiva global. La estrategia antiterrorista vinculó al Estado judío con la suerte de “Occidente”, de tal manera que asegurar su supervivencia y fortaleza era básico para el equilibrio del tablero regional y global. La retórica antiterrorista se aderezó de consideraciones teológicas y mesianismos judeo-cristianos para sacralizar la cruzada unilateral en contra de la maldad innata del alma

<sup>30</sup> Huntington, Samuel, *El choque de las civilizaciones*, Paidós, 1997, pp. 19-94.

humana a la usanza del fundador del realismo norteamericano: Reinhold Niebuhr.

Se llevó a cabo una invasión más a Líbano, al que previamente se había golpeado y desestabilizado de tal manera que se redujera a nada la presencia de Siria, que garantizaba su integridad territorial después de la guerra de los años setenta. La destrucción del sur de Líbano se justificó en la construcción discursiva antiterrorista y del espacio vital global; una vez más se echó a andar la maquinaria de guerra israelí, abastecida por los norteamericanos, y como ya ha sido costumbre, se omitieron en la contienda la observancia de las normas de derecho humanitario, se obstruyó la asistencia humanitaria a Líbano como parte de la estrategia político-militar para destruir al chiísmo militante de Hezbolá, aunado al ataque y bombardeo a la población civil y la destrucción de la infraestructura libanesa. El ejército israelí tuvo que abandonar el Líbano sin haber logrado los objetivos militares, y este fracaso puso en evidencia lo endeble de las expediciones punitivas.

El conflicto en el Medio Oriente demuestra una situación grave, sin control y sin posibilidades de intervención de los organismos humanitarios, el agotamiento y fracaso del sistema de Naciones Unidas, del derecho internacional y, en general, de las precarias instituciones internacionales. Esto ha generado una crisis humanitaria en la región en detrimento de las naciones punibles o castigadas que no ven un panorama claro para el restablecimiento de la paz y la concordia.

El número de muertos en Irak y en Afganistán se incrementaron diariamente sin que sea previsible detener la escalada de violencia estructural (los cálculos más conservadores ubicaron un promedio de cuarenta muertes diarias entre atentados terroristas y “daños colaterales”). Esas naciones han retrocedido en la historia, viven auténticos enfrentamientos tribales y sectarios como efecto de una intervención policiaca, que lleva a cabo una guerra observable solo a través de los medios de comunicación “amigos”. La censura impuesta no permitió conocer exactamente los estragos en la población civil, en la que los niños y las mujeres son las víctimas más comunes.

La censura se extendió a través del régimen de excepcionalidad al que son sometidos los sospechosos de terrorismo, sin que se les llegue a formar proceso. Fueron reclusos en Guantánamo o en prisiones secretas de la Agencia Central de Inteligencia (CIA por sus siglas en inglés) de carácter transitorio o ambulante (por ejemplo, embarcaciones), en plena violación a los más elementales principios del derecho internacional, de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario.

El último asalto a la franja de Gaza ha sido el último ejercicio punitivo en la región, contando con la anuencia, el apoyo diplomático como en el

Consejo de Seguridad de los Estados Unidos, la indiferencia de las potencias occidentales ante la notoria debilidad del contrincante palestino y el silencio de los foros internacionales. Solo las organizaciones humanitarias internacionales han denunciado el terror, la muerte y la destrucción sembrados por el ejército israelí, como un uso de la sinrazón. Resulta inconcebible que entre las víctimas de los ataques judíos se encuentren las instalaciones de la ONU sin justificación alguna, más que la mera especulación dolosa de ser espacios para planear y ejecutar ataques de la resistencia de Hamas, sin que esto cause la más mínima condena de la “civilizada” comunidad internacional.

El Medio Oriente es un caso límite de crisis humanitaria, aunque no el único; es la región más insegura del mundo, en el que la concentración de armamentos la convierte en un lugar propicio para las prácticas terroristas, tanto punitivas de la política imperial norteamericana como de grupos fundamentalistas; en esa región es en la que se ha producido —usando los términos de Taríq Alí— “el choque de los fundamentalismos”, realismo norteamericano *vs.* islam militante. Es el caso en el que la impunidad internacional es una constante que pesa sobre la población civil, que vive en condiciones paupérrimas con un elevado número de víctimas mortales y saldos de minusválidos. La devastación es sobrecogedora, y la reconstrucción, imposible.

#### IV. CONCLUSIONES

PRIMERA. La naturaleza del poder global, tal y como se ha abordado por los diversos enfoques teóricos, críticos y no críticos, profundiza las asimetrías en las relaciones internacionales, conduce al unilateralismo en los asuntos mundiales, hace más inseguro el mundo del siglo XXI en función de su estructura de seguridad global centrada en la protección de los Estados Unidos.

SEGUNDA. El poder convirtió al mundo en un espacio inseguro, porque su ejercicio en los últimos ocho años se fundamentó en los principios del realismo, que apuntaló la política exterior de superpotencia que afectó el viejo consenso de las potencias occidentales posguerra fría.

TERCERA. El ejercicio del poder global por los Estados Unidos fundado en el realismo fomentó aún más el terrorismo fundamentalista y extendió deliberadamente esta identidad como peligro a la seguridad global hacia los grupos de disidentes políticos y organizaciones humanitarias.

CUARTA. Los ocho años de ejercicio realista del poder norteamericano han propiciado las crisis humanitarias más graves de los últimos cincuenta

años (inseguridad, muerte, destrucción, hambrunas, descuido de los asuntos del medio ambiente, etcétera).

QUINTA. La alternativa a la política realista es la política humanitaria global; es decir, una conducta sistémica por parte de agentes estatales y no estatales fundamentada en la necesidad de preservar al género humano y su entorno en condiciones de inclusión, pluralidad y diversidad cultural, democracia, justicia económica y social, equidad de género, paz mundial y desarme internacional, observancia y respeto al derecho internacional, a los derechos humanos, a la reforma integral al sistema de Naciones Unidas y a las instituciones internacionales; finalmente, prioridad en la atención y solución de los asuntos planetarios del medio ambiente, de tal manera que puedan desarrollarse interacciones de interdependencia, responsabilidad y desarrollo del ser humano.

## V. BIBLIOGRAFÍA

- CUADRA, Héctor, *Reflexiones sobre ética y política internacional*, México, Universidad Iberoamericana, 2008.
- GURTOV, Mel, *Política humanista global*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 1990.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio *Imperio*, traducción de Alcira Bixio, Barcelona, Paidós, 2002.
- HUNTINGTON, Samuel, *El choque de civilizaciones*, traducción de José Pedro Tosaus Abadía, Barcelona, Paidós, 1997.
- JOXE, Alain, *El imperio del caos*, traducción de Víctor Goldstein, México, FCE, 2003.
- KEOHANE, Robert, *Instituciones Internacionales y poder estatal*, traducción de Cristina Piña, Buenos Aires, 1989.
- KISSINGER, Henry, *La diplomacia*, traducción de Mónica Utrilla, México, FCE, 1995.
- LAIDI, Zaki, *Un mundo sin sentido*, traducción de Jorge Ferreiro, México, FCE, 1997.
- OROZCO, José Luis, *De teólogos, pragmáticos y geopolíticos*, Barcelona, UNAM, 2001.
- REICH, B. Robert, *El trabajo de las naciones*, traducción de Federico Villegas, Buenos Aires, Javier Vergara, 1993.